

Este había sabido á las seis de la mañana en Santa Inés, que los pronunciados habían salido de Puebla, y marchaban al encuentro del ejército; se había dirigido á Santo Toribio para observar los movimientos de los contrarios, y allí había escuchado los primeros tiros de cañon que anunciaban el combate; desde allí, viendo empeñada la batalla, y conociendo que era ocasión oportuna para apoderarse de Puebla, había dado orden á los generales Moreno y Ghilardi para que marcharan rápidamente con sus fuerzas sobre aquella ciudad; y observando por último, que se prolongaba la refriega, se había puesto en camino con dirección al campo de batalla, con su estado mayor y al frente de un cuerpo de caballería. La polvareda que esta gente levantaba, era la que los pronunciados habían visto algunos momentos antes de suspender el fuego.

Sorprendióse Comonfort, al llegar al campo, con aquella repentina suspensión de hostilidades; mas pronto le sacó de dudas Villareal, explicándole lo que había sucedido, y manifestándole que Haro deseaba hablar con él. Entonces Comonfort recorrió la línea de batalla que formaba la división Zuloaga, animando á la gente con su presencia, y restableciendo completamente el orden en las filas. Estando en esto, llegó un enviado de Haro á preguntar si era ya tiempo de acudir á la conferencia que había pedido: Comonfort

llamó á Iturbide, y le encargó que llevara la respuesta afirmativa á su jefe. Poco despues, Comonfort y Haro se vieron juntos en el mismo sitio donde antes había estado el segundo con Villareal. Cuando se acercaron uno á otro, retiráronse á cierta distancia sus gentes, y los dejaron conferenciar solos, debajo de un árbol, á la orilla del camino, y enmedio de los dos ejércitos.

No es posible describir aquella escena, una de las mas interesantes que se han visto en las guerras civiles de la República. Era medio dia; al fragor de la batalla había sucedido un silencio general: los combatientes estaban firmes en sus puestos, mecha en mano la artillería, lanza en ristre los ginetes, preparado el fusil los infantes, como si aquello no fuera mas que un breve descanso para volver de nuevo á la pelea: discurrían por el campo caballos sin ginetes, que ya huían espantados de los despojos y de los muertos, ya los hollaban en su precipitada carrera: oíanse los lamentos de los heridos, que se levantaban y volvían á caer desmayados, y echábanse de ver las últimas convulsiones de los moribundos: platicaban unos con otros los enemigos de las primeras filas, y abrazábanse como hermanos muchos de los que mutuamente acababan de destrozarse. Y entretanto, el presidente de la República y el jefe de la rebelion conferenciaban, á la sombra de un árbol, sobre la suerte de aquellos mi-

les de hombres á quienes la discordia habia conducido allí bajo dos distintas banderas, siendo todos hijos de una misma patria, cuya suerte dependia tambien de aquella entrevista.

Se ignoran los pormenores de ella, porque nadie pudo escucharlos. Nadie sabe lo que pasó entre aquellos dos hombres, que habian nacido en una misma ciudad, que habian sido amigos desde la niñez, que se habian educado en una misma escuela, que habian sufrido persecuciones y hecho sacrificios por una misma causa. Debió ser para ambos un momento muy solemne, aquel en que se encontraron allí, en medio de todos los horrores de la lucha fratricida, salpicado de sangre y cubierto de destrozos el suelo que pisaban, y casi á la vista de la ciudad donde habian pasado sus juegos infantiles; llevando el uno sobre sus hombros los gravísimos deberes de jefe del Estado, cargado el otro con la responsabilidad de una empresa que habia ocasionado la desolacion que los rodeaba. Pero nadie ha podido contar lo que se dijeron: solo se sabe que el presidente de la República concedió al caudillo de la revolucion un armisticio de dos horas, ofreciéndole únicamente la garantía de la vida para él y para sus gentes, si en aquel término se ponian á disposicion del gobierno. Haro dijo que no podia tomar por sí solo una resolucion tan grave, y que iba á celebrar una

junta de guerra con los suyos. Repitió esto mismo, acabada la entrevista, delante de Villareal y otros generales, á cuyos ruegos accedió el presidente prolongando el plazo hasta las tres, por haber dicho Haro que no le parecia bastante el tiempo antes prefijado. Entonces ofreció volver él mismo á participar la resolucion de sus gentes, y se retiró á su campo, como lo hizo Comonfort al suyo con los jefes que le acompañaban.

Cumplióse el plazo, y Haro no parecia, ni se presentaba ninguno por su parte á comunicar el resultado; y habiéndose pasado la hora señalada, Comonfort envió al campo enemigo al general Langberg, jefe de su estado mayor, con órden de manifestar á Haro que habia espirado el término, y reclamar de él la restitucion del batallon ligero de Guanajuato y cuatro piezas de artillería, que sus tropas se habian llevado del cerro de Ocotlan durante la conferencia y el armisticio.³

³ Poco faltó para que le sucediera lo mismo al batallon de Tiradores. "Este batallon, dice el parte general, perteneciente á la division de reserva, que se habia hecho venir á la primera línea, suspendió como todos los demas sus fuegos por el imprudente toque que sin autorizacion ninguna mandó dar el valiente y malogrado general Avalos, pues creyó que se habian pasado á nosotros, dando por terminado el combate; y quedando por este hecho dicho batallon en medio de las filas enemigas que victoreaban al supremo gobierno y abrazaban á nuestros soldados; pero su coronel el general Don Alejo Barreiro,

Langberg fué entretenido largo tiempo por varios jefes de los pronunciados, sin que se le diera ninguna respuesta categórica, hasta que conociendo lo que pasaba, y observando los movimientos de los rebeldes, volvió á toda prisa á dar parte de que éstos habian levantado el campo, y se retiraban apresuradamente rumbo á Puebla.

Nunca se ha podido decir con mas verdad que entonces, que la guerra civil es una guerra de hermanos, porque no solo lo eran por la patria los que se batieron unos con otros en Ocotlan, sino que lo eran tambien por la sangre. Padres habia que contaban uno ó mas hijos entre las tropas del gobierno, y otros hijos en las filas pronunciadas; esposas que tenian á sus maridos en un bando, y á sus hermanos en el otro. El general Echeagaray, que defendió bizarramente su puesto en la loma de Montero contra el violento ataque de una de las columnas enemigas, decia en su parte con amarga sencillez, despues de contar cómo aquella columna habia sido rechazada: "en esta columna venia un hermano mio."

El país se cubrió de luto con los resultados de la batalla de Ocotlan, sin que fuera bastante á disipar

para evitar ser envuelto, lo concentro sobre la reserva por un pronto y enérgico movimiento, y no dejando en las filas de los facciosos ni un soldado tirador."

la inmensa pesadumbre causada por aquellos destrozos, la consideracion de que el gobierno habia obtenido una señalada victoria. Los pronunciados dejaron tendidos en el campo 119 muertos y 98 heridos, quedando en poder de los vencedores 180 prisioneros, y perdiendo ademas los vencidos unos 400 hombres que se les dispersaron. ⁴ Los del gobierno recogieron en el campo de batalla el mismo dia por la tarde á los heridos enemigos, y los llevaron á sus hospitales de sangre para curarlos juntamente con sus compañeros que se hallaban en el mismo caso. El dia siguiente recogieron los 119 cadáveres y les dieron sepultura; y todavía entonces el general Vander-Linden, inspector del cuerpo médico-militar, que cumplia aquellos tristes deberes, encontró otros 15 heridos tirados entre los muertos en los surcos del campo. Aquellos desgraciados habian permanecido allí cerca de cuarenta horas desangrándose, y muchos de ellos se fingian muertos, por temor de que los matara la escolta de ca-

⁴ Así lo dijo el general Villareal en su parte, fecha en Puebla el 19 de Marzo.

El general Alvarez en el parte general de toda la campaña, dado en Puebla el 26, dijo que el enemigo habia dejado en el campo 119 muertos, 9 heridos, y 180 prisioneros, añadiendo que segun informes posteriores de los mismos jefes de la plaza, en esta accion perdieron 89 oficiales muertos, heridos ó prisioneros.

Los heridos del gobierno, segun la lista del inspector general Vander-Linden, fueron 85.

ballería que acompañaba á Vander-Linden. Este los tranquilizó y los consoló, remitiéndolos en el acto á la ambulancia general, donde se les ministraron los alimentos y los auxilios que su situacion demandaba.

Entre los muertos á consecuencia de las heridas que recibieron en aquella jornada, se contaron el general Avalos por parte del gobierno, y los coroneles Don José Diaz de la Vega y Don Manuel Aljovin por parte de los pronunciados. La nacion y el ejército perdieron en ellos á tres valientes militares; y al cubrirlos la misma tierra sobre la cual los habia dividido la discordia civil, nadie se acordó de otra cosa sino de llorar la desgracia que tan temprano los habia llevado al sepulcro.

Durante la accion de Ocotlan, no habria sido difícil tomar á Puebla, donde habian dejado poca gente los pronunciados. Comonfort lo habia previsto, y desde Santo Toribio, al oír los primeros cañonazos del combate, habia enviado para ello la orden correspondiente á los generales Moreno y Ghilardi. No la recibieron oportunamente, ni la disciplina militar les permitió echar sobre sí la responsabilidad de un movimiento que sin embargo estaba indicado por las circunstancias. Tambien habria sido difícil cortar la retirada á los enemigos, pero no se puso en práctica esta operacion por las mismas causas que impidieron la otra. Ghilardi, sin embar-

go, penetró aquel dia, hasta las calles de la ciudad con algunos caballos, y Moreno avanzando con sus ayudantes y una escolta hasta el puente de México, descubrió el ramal de una mina que los pronunciados habian colocado en el mismo puente, para volarle cuando las tropas del gobierno pasaran. Moreno hizo cortar aquel ramal, y su noticia sirvió para que el dia 9 se destruyera completamente aquella mina.

Encerrados en Puebla los pronunciados, Comonfort no vaciló un punto en ir tras ellos para atacarlos en la misma ciudad. Defendida naturalmente por los cerros que la circundan, y aprovechadas bastante bien por la gente de Haro aquellas ventajas, era arrojado acometerlos allí, y una empresa harto difícil derrotarlos; pero nada valieron castillos ni trincheras, nada el ardor ni la obstinacion de los sitiados, contra el valor y la decision de los del gobierno, doblemente alentados por el reciente triunfo y por la presencia del afortunado jefe.

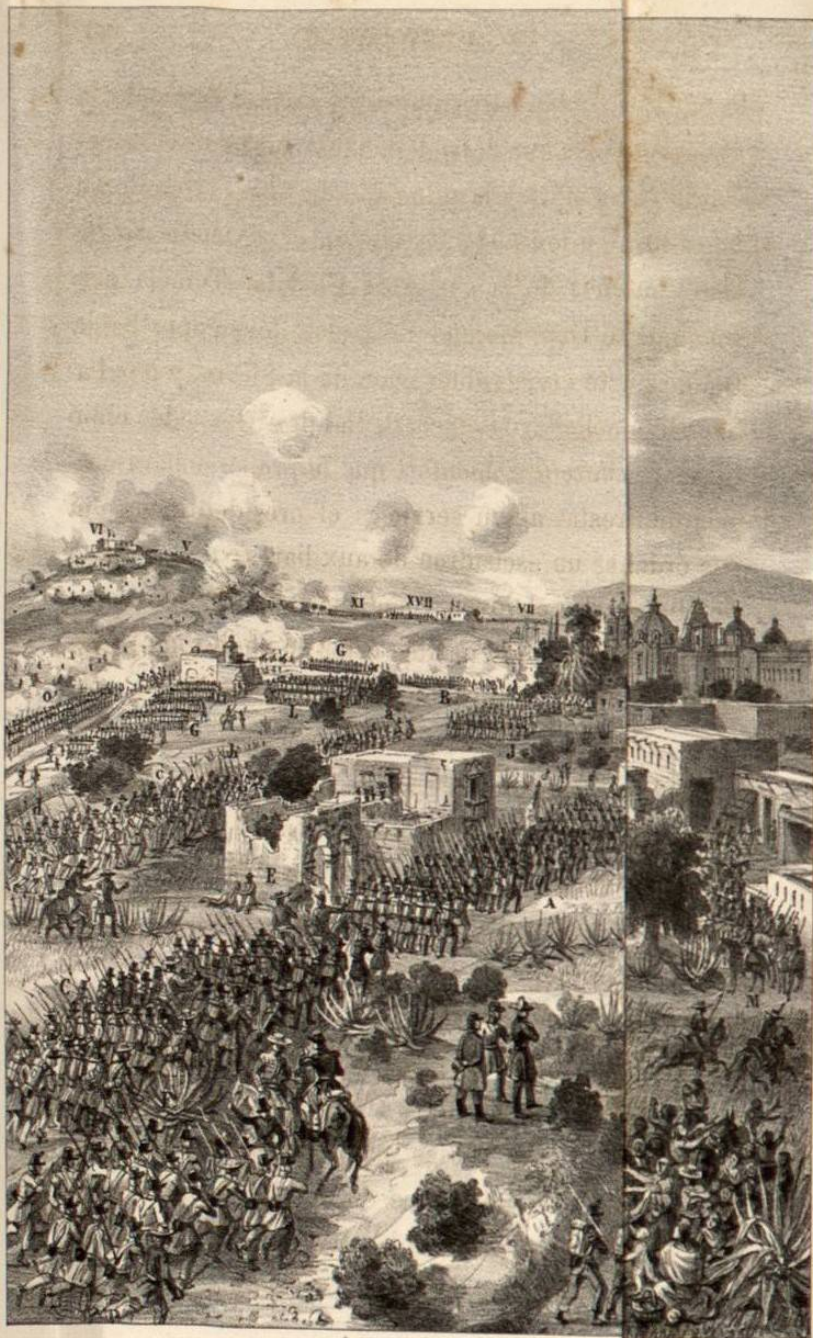
Sin descansar un punto despues de la batalla de Ocotlan, Comonfort se dirigió el dia 8 de Marzo por la tarde sobre Puebla, y acampó su ejército en las inmediaciones de aquella ciudad, pasando él la noche en la hacienda de la Uranga con la tercera division de infantería. El dia siguiente los pronunciados, al aproxi-

marse las tropas del gobierno, abandonaron el puente de México, situado sobre el rio Atoyac, al pié del cerro de San Juan que domina la ciudad por aquella parte; y Comonfort colocó en lugar conveniente una batería que todo el dia hizo fuego sobre aquella posición.

Era indispensable, no solo para tomar la plaza, sino simplemente para establecer un sitio, ocupar alguna de aquellas eminencias, ó inutilizarla por lo menos para los sitiados; y una operacion estratégica, tan hábilmente concebida como valerosamente ejecutada por todo el ejército, salvó el dia 10 aquellas primeras dificultades. Quería Comonfort ocupar el convento del Cármen, situado en un extremo de la ciudad al S.; y al efecto dispuso que mientras él mismo volteaba la falda del cerro de San Juan para atacar la garita de Cholula, Parrodi hiciera un ataque falso sobre el mismo cerro. El mismo presidente, y el general Rosas Landa con su brigada, atacaron poco antes de las tres de la tarde aquella garita, donde se defendieron bravamente por largo rato las fuerzas de infantería y caballería que estaban en ella con un cañon. Al mismo tiempo la artillería de la division Parrodi empezó á disparar constantemente contra el cerro de San Juan, mientras que algunos cuerpos de la misma division y de la de Moreno hacian fuego á los enemigos desde



Atacan las tropas del Gobierno el cerro de San Juan en Puebla el 10 de Marzo de 1856,
y entra el presidente COMONFORT en el convento del Carmen.



Atacan

Litog. de Decan.

la falda, ó subian corriendo cerro arriba, llamando la atencion de los que defendian aquel punto. La presencia de Comonfort y la serenidad de Rosas infundieron tanto brío en los soldados, que en poco tiempo se hicieron dueños de la garita de Cholula. Tomóla personalmente Don Manuel Céspedes, jóven que habia tenido parte en la sublevacion de la Sierra, y que habia ido á solicitar la gracia de indulto. Céspedes pidió modestamente á Comonfort que le proporcionara ocasion de prestar algun servicio: el presidente puso á sus órdenes un escuadron de auxiliares: á la cabeza de ellos partió el jóven como un rayo y cayó sobre los que defendian la garita: éstos no pudieron resistir mas, y se retiraron á la de México.

Entretanto, continuaba Parrodi maniobrando tan hábilmente contra el cerro de San Juan, y engañando con tal pericia á los enemigos, que éstos tuvieron por indudable que la intencion de los del gobierno era tomar aquella posicion, siendo el resultado de este engaño que saliesen de la plaza mas de mil hombres en auxilio de los del cerro y de la garita de México. Horroroso era el fuego que desde estos dos puntos hacian á la brigada Rosas que se habia apoderado de la garita de Cholula. Mas de dos horas duró aquel combate, en el cual todos los cuerpos del ejército tomaron una parte gloriosa; la division Zuloaga soste-

niéndose heroicamente por la garita de Cholula, la de Parrodi fingiendo su obstinado ataque con destreza y arrojo sobre el cerro, la de Moreno apoyando la misma operacion por la izquierda desde el puente, y la brigada Ghilardi cargando con brío sobre la garita de México, para llamar la atencion de los enemigos por aquel lado.

Ardia la batalla de este modo en toda la estension que comprende la falda del cerro de San Juan, cuando Comonfort, viendo á los enemigos empeñados en defender aquel punto que creian sériamente atacado, dió la vuelta por la hacienda de la Noria, y dejando en ella al general Alvarez, segundo jefe de estado mayor, con varios cuerpos de caballería y dos piezas para conservar su comunicacion con el resto del ejército, avanzó osadamente á la cabeza de una brigada de caballería y tres piezas ligeras, y penetró el primero en las calles de la ciudad por el barrio de Santiago. Desde allí destacó al general Langberg con una pequeña fuerza para que ocupara el convento del Cármen; y pocos momentos despues, dejando en Santiago una parte de la fuerza que llevaba, él mismo con el resto de su escolta, y seguido de la brigada Traconis, entró en aquel convento á pesar del vivo fuego que le hacian los enemigos desde la Concordia, la Concepcion y la Catedral.

Poco despues de las seis cesaron los fuegos sobre el cerro de San Juan: á las siete se advirtió que no habia en él ningun movimiento de tropas: se mandaron exploradores, y se vió que los enemigos le habian abandonado, como tambien la garita de México. La habilidad y el arrojo que los del gobierno habian desplegado en las operaciones de aquel dia, les hicieron temer que la plaza fuese ocupada aquella misma noche, y se replegaron á ella con todas sus fuerzas. Al consecuencia de esto, dispuso Villareal en el acto, que el ejército avanzara, ocupando la division Moreno el cerro de San Juan, la Parrodi y la brigada Ghilardi la garita de México, y la Zuloaga la de Cholula é inmediaciones del Cármen.

El dia 11 dispuso el presidente que la division Parrodi se situara en San Francisco, la Moreno en la Alameda nueva y puntos inmediatos, la brigada Ghilardi en San Javier, y la caballería en la Noria y en todas las garitas, quedando la division Zuloaga en el Cármen. Por la noche atacó Ghilardi el convento de la Merced, y Parrodi ocupó con su division por orden del presidente, los puntos de Analco y de la Luz, así como las fortalezas de Guadalupe y Loreto que habian abandonado los defensores de la plaza.

El ataque de la Merced fué uno de los hechos no

tables de aquel sitio. Ghilardi tenia órden de hacer un esfuerzo para aislar aquel punto de los defensores de la plaza; pero él quiso ganarle para el gobierno: con este fin se acercó al edificio que estaba cerrado por todas partes, hizo arrimar una escalera, y subió por ella denodadamente, siguiéndole el coronel Desi, el Licenciado Villanueva, el coronel Marcucci, Don A. Roncari y otros oficiales de su brigada, con unos 150 hombres. Apenas estuvieron en la azotea, cuando los enemigos empezaron á hacerles un vivísimo fuego desde las troneras de una pared mas alta; y en medio de aquel fuego, Ghilardi buscó largo rato por todas partes algun conducto por donde penetrar en el edificio. Le buscó en vano, porque no le habia; y estando en estas diligencias, una bala le entró por el talon, y se le quedó metida en el pié izquierdo. Disimuló el general su desgracia; y diciendo que era inútil buscar más, bajó la escalera seguido de sus compañeros, desplomándose al fin de ella por falta de sangre y de vigor en su pié destrozado. El Licenciado Villanueva habia recibido tambien una ligera herida. La de Ghilardi consternó á sus soldados, que le amaban con el amor que siempre inspiran los buenos jefes.

Al amanecer el dia 12 de Marzo, el ejército de Comonfort ocupaba todas las eminencias que dominan la ciudad; ésta se hallaba enteramente circunvalada, y

los pronunciados estaban reducidos á un pequeño espacio en el centro de ella. Todavía el gobierno no podia contar con la victoria, porque eran muchos los enemigos, y estaban bien atrincherados; pero desde entonces ya éstos no tuvieron ninguna probabilidad á su favor, ni siquiera en el concepto de sus partidarios mas decididos.

Se esplicaba bien, por los azares de la guerra, su desastre de Ocotlan, no obstante que allí vinieron á perder su prestigio entre aquellos que los consideraban infinitamente superiores á las tropas del gobierno; tambien se esplicaba por el mismo principio el abandono del cerro de San Juan, á pesar de que revelaba en ellos falta de astucia para prevenir los recursos estratégicos de sus enemigos: pero el abandono de otros puntos de defensa, el abandono de los cerros de Loreto y Guadalupe, fueron cosas que trastornaron completamente á los amigos de la revelucion, porque no tuvieron esplicacion satisfactoria. La escasez de artillería no era razon bastante para dejar buenamente á los enemigos las únicas defensas que tenia la ciudad: con 15 piezas que tenian, bien habrian podido defender mejor el cerro de San Juan y sostenerse algo en los de Guadalupe y Loreto, desde donde podian acerbillarlos los sitiadores, estrecharlos y reducirlos al último extremo en el pequeño recinto de la plaza.

Siendo tan obvias estas reflexiones, apenas se podían creer en la capital los acontecimientos que se acababan de referir, cuando en ella se supieron el día 12 de Marzo, siendo tanto más estraña aquella continuada serie de sucesos felices para las armas del gobierno, cuanto que los amigos de la revolución sabían, y sus enemigos confesaban, que había en ella hombres de inteligencia y de valor, muy capaces de cortar el vuelo á tanta fortuna. Ello es que desde entonces la causa de los pronunciados se consideró perdida, aun en el concepto de los que más confianza habían tenido en ella; y como la mala ventura de una empresa produce siempre disgustos entre los que la sostienen, empezó á haberlos muy grandes entre los mismos pronunciados, atribuyendo cada cual todo lo malo que les acontecía, ya á impericia del caudillo, ya á faltas de sus compañeros.

El ejército sitiador empleó los días 12 y 13 en construir parapetos y en practicar las horadaciones necesarias en los edificios, para acercarse más y ofender mejor á los defensores de la plaza; de manera que el día 14 se hallaba ya establecida una perfecta línea de circunvalación, dentro de la cual se encontraban los sitiados al alcance de los fuegos de los sitiadores. Comonfort había ordenado con admirable prudencia todos aquellos trabajos; y sin descansar un punto ni

arredrarse por los fuegos enemigos, se le había visto recorrer día y noche todas las líneas, infundiendo en sus gentes, con el sosiego de sus palabras y la serenidad de su semblante, la confianza que da la victoria. No era tanta, sin embargo, la tranquilidad de su corazón como la de su conciencia y como la seguridad de sus esperanzas de triunfo: todos aquellos preparativos, todo aquel terrífico aparato de guerra, tenían por objeto derramar la muerte y la desolación en la hermosa ciudad donde se había mecido su cuna; y estas tristes reflexiones, que le habían asaltado desde el momento en que posó su mirada sobre la población, luchaban en su pecho con los terribles deberes que su posición le imponía. Por eso desde el primer día que se acercó á la ciudad, había mandado avisar á los habitantes para que se pusieran en salvo; y cuando todo estuvo dispuesto para el ataque el día 14, hizo que se le pasara una comunicación al jefe de la plaza, Don Pánfilo Galindo, manifestándole que el ataque se iba á emprender, pero que antes de hacerlo, consideraba justo y conveniente participárselo á los habitantes pacíficos, para que pudieran salirse y evitar los horrores de la guerra, de que hacía responsables á los sitiados: añadiase en aquella comunicación, que el presidente no quería entenderse para nada con Don Antonio Haro, porque había violado el armisticio del día 8 en la batalla de Ocotlan.